

Michel Onfray

# Los libertinos barrocos

Contrahistoria de la filosofía, III

Traducción de Marco Aurelio Galmarini



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Les libertins baroques  
© Éditions Grasset & Fasquelle  
París, 2007

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français  
chargé de la culture - Centre National du Livre  
Publicado con la ayuda del Ministerio francés  
de Cultura - Centro Nacional del Libro*

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Luis XIV vestido de Rey Sol en el ballet «La Nuit», 1653,  
Escuela Francesa, Biblioteca Nacional, París / The Bridgeman Art Library

*Primera edición: enero 2009*

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6284-3  
Depósito Legal: B. 50367-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Contrahistoria de la filosofía, tercera parte

## LOS LIBERTINOS BARROCOS

OTRO «GRAND SIÈCLE»: LOS LIBERTINOS  
BARROCOS

1

*Identidades del «Grand Siècle».* La historiografía clásica habla del *Grand Siècle* en referencia al siglo XVII. Grande, sí, probablemente. Pero ¿por qué? ¿Por qué razones y para quién? Nadie se lo pregunta. Todo está sobrentendido... De modo que quien se pregunte de dónde viene la expresión, a quién se la debemos o quién la ha acuñado, se encontrará con graves dificultades. La expresión circula, pero nunca se explica, se razona ni se desmonta.

El siglo XVIII es el Siglo de las *Luces* o de la *Ilustración*, el siguiente es el de la *Revolución Industrial*, el XX todavía no ha sido bautizado —podría ser el *Siglo de los Fascismos...*—, suponiendo que sea posible reducir cada época a unos cuantos términos, a una expresión, incluso a una sola palabra. Así, *la oscura Edad Media* condena este período a no ser otra cosa que una época de brutalidades, crueldades, barbarie, en la que no merece la pena detenerse... Así que *Grand Siècle...*

Esta etiqueta cubre una mercancía heterogénea a la que se presenta como un todo coherente: la filosofía de Descartes y las tragedias de Corneille, los *Pensamientos* de Pascal y la *Athalie* de Racine, las oraciones fúnebres de Bos-

suet y las sátiras de Boileau, las cartas de la marquesa de Sévigné y las comedias de Molière, los caracteres de La Bruyère y las *Máximas* de La Rochefoucauld. Un poco de *cogito*, un lugar para Cinna, un junco pensante, dos infinitos, el cadáver de Enriqueta de Francia, un *Arte poética*, un escritorio de campaña en Grignan, un Tartufo, un Don Juan, Alcestes o aforismos, el Grand Siècle triunfa en los fragmentos escogidos.

No se sabe quién selecciona estos bibelots, ni cuándo, ni en qué circunstancias, para crear este escaparate francés. Es evidente que supone elecciones que dejan de lado autores, pensamientos y corrientes que tallan en profundidad el siglo XVII y lo constituyen en su copiosa totalidad. ¿Acaso no hubo en estos cien años otra cosa que cartesianismo y jansenismo, quietismo y jesuitismo, cristianismo y clasicismo? ¿Héroes romanos, pero apuestas de Iglesia? ¿Figuras griegas para problemas católicos? ¿Retorno de los antiguos, pero para un tiempo presente? ¿Sófocles y Eurípides resucitando en Corneille y Racine? ¿Fedro y Esopo disfrazados de Jean de La Fontaine? ¿Plauto y Terencio reencarnados en Jean-Baptiste Poquelin? ¿Teofrasto vestido de La Bruyère? El alma y el cuerpo de Platón convertidos en sustancia pensante y sustancia extensa en Descartes. ¿Y por qué, en este banquete de antiguos, la ausencia absoluta de Demócrito, Leucipo, Epicuro o Lucrecio? ¿Cómo puede llegar a ser tan grande este siglo si sacrifica a tantos grandes pensadores, aunque molestos, sin duda, en la perspectiva hagiográfica...?

## 2

*La sombra de Voltaire.* Tal vez se pueda señalar un culpable en esta historia: un tal François Marie Arouet, conoci-

do como Voltaire. ¿La prueba del delito? *El Siglo de Luis XIV*. Es cierto que en esta obra no se califica explícitamente al siglo de grande, pero ésa es la idea que inspira e impregna las quinientas páginas de este libro apologético, oportunista e interesado: grande por su diplomacia, su historia, sus conquistas, su régimen (monárquico), su religión (católica), sus acciones de armas, su política exterior, sus obras, sus tratados de paz, su comercio, su gobierno, y, naturalmente, por sus bellas artes, su literatura, su arquitectura, su cultura, sus pensamientos, sus pensadores...

Voltaire escribe esta obra monumental a lo largo de veinte años. Crea una ficción –la grandeza del siglo XVII– útil para denigrar, por comparación, la pequeñez del reino de Luis XV, que ha cometido el error de hacerle la vida imposible. La obra convierte en *gran* castillo ese siglo XVII soñado para las necesidades de la *pequeña* causa personal de Arouet. Con ese fin, nada que no entre en la empresa polémica tiene derecho alguno de ciudadanía. La lista de lo que perdura en Lagarde y Michard ya se encuentra allí, sin duda, aunque con algunos nombres que han caducado (Pellisson, Saint-Réal y otros). Pero lo más grave es que lo que contribuye a un Grand Siècle distinto, mucho más subversivo, brilla aquí por su ausencia.

Ejemplos: ni una palabra sobre Pierre Charron, al que ni siquiera se menciona de paso, no obstante haber escrito en 1601 *De la sabiduría*, mamotreto con el que obtuvo un gran éxito editorial y que durante años fue objeto de continuas reediciones, hasta llegar a ensombrecer el nombre de Montaigne, de cuya lectura se podrá prescindir a partir de entonces; nada sobre La Mothe Le Vayer, uno de los adversarios predilectos de Pascal en sus *Pensamientos*; ni una mención de Pierre Gassendi, el inmenso Gassendi, autor de libros dignos de consideración que reactualizan la filo-

sofía epicúrea, y uno de los espadachines contra los que se bate Descartes; ninguna referencia a Cyrano de Bergerac ni a su *Otro mundo* epicúreo y materialista; silencio acerca de Hobbes, el autor de una política libertina y radicalmente inmanente; ¡nada sobre Spinoza! Evidentemente, no hay más noticias de François Bernier, Samuel Sorbière o Gabrielle Suchon que de esos pesos pesados a los que se les ha negado la entrada en el Grand Siècle según Voltaire.

En cambio, se dedica todo un capítulo al jansenismo de Port-Royal; otro al quietismo de Madame Guyon; hay consideraciones sobre Bossuet y otros propagandistas de la fe (Bourdaloue, Massillon, etc.). Por tanto, no es asombroso que, en medio de este caldo de cultivo biempensante, Montaigne aparezca como un personaje grosero que sólo debe su fortuna y su gloria a cualidades vulgares... ¿Voltaire heraldo de la Ilustración y la filosofía? He aquí otro mito que es menester combatir con toda urgencia.

Voltaire dibuja, pues, un Grand Siècle clásico: católico y monárquico, prendado de simetría y orden, armonía y conformismo. Su historiografía se asemeja al castillo de Versalles, a los diseños de los jardines de André Le Nôtre, a los teatros mundanos del Rey Sol, a la música de los contemporáneos de Luis XIII, a los huertos de La Quintinie. Todo en ella es prudente, sereno, reposado, todo está en su lugar. ¡La geometría ante todo! ¡El triunfo de Apolo!

### 3

*Fuerzas y potencias barrocas.* Sin embargo, el Grand Siècle no es sólo apolíneo, sino también, y a la vez, dionisíaco. Es cierto que del lado de Apolo uno encuentra el orden, la luz, la sobriedad, la serenidad, la medida, la epepe-

ya dramática, la sencillez, la transparencia, la dialéctica, la cifra; pero al mismo tiempo se advierten, del lado de Dioniso, la música y la embriaguez, el canto y la danza, la vida apasionada, el fervor, las fuerzas misteriosas, la alegría, la naturaleza. Voltaire coloca a Apolo sobre un pedestal, pero, al hacerlo, olvida la existencia de la otra mitad del mundo. Ese otro mundo de vitalidades, energías y potencias combinadas es lo que se conoce como el barroco. El libertino se mueve en ese teatro de fuerzas, y el filósofo libertino junto a él.

El término *libertino* existe, pero desde siempre ha servido prácticamente para todo. En un primer momento desacredita y descalifica a un hombre o un pensamiento: libertino es otra denominación del *ateo*, como se decía en la época, el reformado, el heterodoxo, el hereje, el hombre libre, o cualquier otro personaje que no creyera en el Dios de los cristianos con el fervor y la abnegación mental que exigía la Iglesia católica, apostólica y romana. En el siglo XVI, fecha de su aparición, la palabra sirvió a Calvino para atacar a los probables partidarios de la corriente de los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre. La etimología lo confirma, pues el libertino –el *libertinus* de los romanos– define al emancipado.

Cuando en 1665 Molière –que conocía muy bien los ambientes materialistas y epicúreos– escribe su *Don Juan*, pone en escena un libertino. ¿Quién es? El personaje de la pieza, como se sabe, colecciona mujeres, las ama a todas, no repara en la moral cuando se trata de levantar unas faldas, pero también en muchos otros campos se burla del bien y del mal. Cínico, promete un luis a un pobre si blasfema contra su padre o un acreedor. Sin fe ni ley, se dice, no se reconoce obligado por ningún deber de compasión ni de amor filial, ni deudor de nadie.

Sin embargo, no profesa el nihilismo, porque cree que dos y dos son cuatro y cuatro más cuatro, ocho, lo que, más allá de la fórmula, permite un manifiesto intelectual de considerables consecuencias. Según cuenta Guez de Balzac en su *Sócrates cristiano*, Molière toma esta ocurrencia de Maurice de Nassau. Semejante profesión de fe científica, materialista y experimental implica una ruptura metodológica: el libertino se emancipa de toda fe, de toda creencia y concede crédito a lo que es demostrable, verificable, evidente. *Claro y distinto*, dirá quien sabemos...

El libertino no niega la existencia de Dios. Para esta buena y gran novedad habrá que esperar hasta el *Testamento* de Jean Meslier, publicado después de su muerte, que tuvo lugar en 1729. En cambio, este gran señor e individuo irreverente evoluciona a través de todo un espectro que incluye deístas y fideístas, pietistas y panteístas u otros creyentes, pero no ateos. Dios existe, sin duda, pero, al modo epicúreo, vive su vida, apenas se ocupa de la existencia de los hombres. Su ser no obliga a nada en la tierra, ni en moral, ni en política. De ahí la necesidad de someter estas dos instancias al régimen de la razón pura.

El libertino está dispuesto a creer en Dios, pero no quiere que esta creencia tenga demasiadas consecuencias para su razón, su inteligencia, sus costumbres, ni para el uso que hace de sí mismo, de su tiempo, de su cuerpo, de su carne. Tallemant des Réaux informa en sus *Historietas* que un Viernes Santo, Des Barreaux, famoso libertino, disfruta de una tortilla de tocino cuando, de repente, cae un rayo y retumba un trueno. Sin mayor conmoción, arroja el objeto del delito por la ventana y concluye: «¡Demasiado ruido para una tortilla!» Dios se sale con la suya; el libertino, también.

*El libertino llamado erudito.* Es evidente que ese Dios al que suave y tranquilamente se invita a retirarse, al que se hace saber que existe, sin duda, que se le ama, por supuesto, pero que también podría ocuparse un poco más de sí mismo y menos de los hombres, deja campo libre a la libertad y a sus posibilidades. Por tanto, el libertinaje filosófico mantiene una relación íntima con el libertinaje de las costumbres. Théophile de Viau, condenado por sus versos libertinos, vivía la vida que a éstos convenía. El emancipado de Dios también lo es de la moral, o al menos del pecado y del temor al castigo eterno y la culpabilidad.

La distinción entre «libertinos eruditos» y «libertinos de costumbres», que en 1943 presentó René Pintard en su monumental tesis titulada *Le Libertinage érudit dans la première moitié du XVII<sup>e</sup> siècle*, no resiste el análisis. Es cierto que un Pierre Charron o un Pierre Gassendi proceden exclusivamente del libertinaje erudito. Ambos llevan una vida casta, piadosa y cristiana a la vez que epicúrea: los amigos, la búsqueda de la ataraxia, la dietética de los deseos, la ética voluptuosa... Pero para unos pocos que responden a ese formato, ¡cuántos rinden culto también a las alegrías de las muchachas fáciles, de los garitos, las tabernas, las salas de juego! Gassendi, el parangón de la virtud, también se relaciona con Luillier, el amigo del ya mencionado poeta de la tortilla.

La autoridad de René Pintard no ha declinado. En efecto, su sombra amenazante planea como la del Comendador de los especialistas en libertinaje sobre un puñado de universitarios que piensan a partir de él, con él, contra él, no siempre se atreven a atacar el monumento y no hacen suficiente distinción entre el inmenso trabajo de descifra-

miento de textos y sus supuestos ideológicos. ¿«Libertino erudito»? ¿«Libertino de ideas»? ¿«Libertino crítico»? A veces «libertino epicúreo», el personaje evoluciona según cualidades y calificativos. Pintard distingue más bien entre el «libertinaje erudito» del siglo XVII y el «libertinaje de costumbres» del siglo siguiente, el de Sade, Laclos y Crébillon hijo.

No cabe duda de que la distinción está justificada: el libertinaje de Gassendi y los suyos no tiene mucho que ver con el de los sofás de seda, las alcobas de Fragonard y otras ocasiones para empujar el columpio o filosofar en el tocador. *El vicio ampliamente recompensado*, *Las relaciones peligrosas* y *Los extravíos del corazón y de la mente* se mueven en otro terreno que *Syntagma philosophiae Epicuri...*<sup>1</sup> De ahí la necesidad de denominar con precisión.

## 5

*El libertinaje barroco.* Entonces, ¿por qué no un «libertinaje barroco»? La expresión podría calificar la constelación de filósofos y pensadores que se preocupan más de los hombres que de Dios; más de la vida en este mundo, muy apreciada, que de la existencia de un más allá sólo hipotético; más de la naturaleza y de sus leyes que de las prescripciones de la religión; más de la materialidad del mundo real, de la diversidad del planeta aquí y ahora, que de la población del cielo; más del *Tetrafarmakon* epicúreo que del decálogo cristiano; más del eudomonismo o del hedonismo antiguo que del ideal ascético que emana de la Biblia;

1. Obras de Sade, Choderlos de Laclos, Crébillon y Gassendi, respectivamente. (*N. del T.*)

más de la ética inmanente que de la teología trascendente; más de Epicuro el atomista que de Aristóteles el escolástico; en una palabra, más de Dioniso que de Apolo...

El barroco —el *pliegue*, según Gilles Deleuze— puede ser también el *claroscuro*, el juego de la luz en la oscuridad, con ella. Mancha de luz y agujero de claridad en las tinieblas, potencia del fuego en la noche. Digámoslo de otra manera: virtudes de las luces, ya. Recuérdese que el siglo XVII es también, en los Países Bajos, el siglo de Rembrandt —vecino de Spinoza...— y su *Filósofo bajo la escalera*, del italiano Caravaggio y su *Pequeño San Juan en la fuente* y del francés Georges de La Tour y su *Magdalena penitente*, otras tantas variaciones sobre el poder de la luz en las tinieblas. El filósofo libertino, el libertino barroco, el pensador emancipado, aportan las luces en una época tenebrosa.

La constelación de estos pensadores está igualmente unida al barroco por múltiples hilos: el estilo de Pierre Charron, complejo, tallado con refinamiento, su manera de exponer redundante, dividida, subdividida, su exuberancia arquitectónica, su retórica de volutas, sus juegos de fuerzas y contrafuerzas, los torbellinos de pensamiento, las repeticiones y también sus efectos especulares; la cita del gabinete de curiosidades de La Mothe Le Vayer, con sus acumulaciones de cosas raras, extravagancias, anécdotas inesperadas, objetos atípicos, referencias inéditas, colecciones cuantitativas; la agudeza de Saint-Évremond, dotado para lo efímero, como un artista de la pirotecnia: la conversación, el diálogo, las ocurrencias, la capacidad para producir una ingeniosidad como un rayo de luz, un surgir de fuentes, juegos de agua en un jardín; el extremo virtuosismo de un Cyrano de Bergerac en la construcción de sus obras, erróneamente denominadas de ficción cuando llevan a cabo una hábil demostración de los poderes de la

anamorfosis que, a su manera, transforma la fachada del edificio clásico en decorados del teatro barroco y metamorfosea la historia divertida en lección de filosofía; el talento de Gassendi, que reactiva las naumaquias, las gigantomaquias, las maquinarias de la ópera o del teatro para representar en su escenario filosófico a un Aristóteles utilizado en demasía, a un Epicuro demasiado poco y a un Descartes inútil y vacilante, en un combate perdido con brillo por el canónigo de Digne; por último, la arquitectura *more geométrico* de un Spinoza cuya *Ética* propone un castillo de formidables potencialidades existenciales.

En esta constelación barroca encontramos también un médico en la corte de un príncipe indio, François Bernier, autor también de un *Resumen de la filosofía de Gassendi...* en siete tomos; el escéptico Samuel Sorbière, traductor de Thomas Hobbes en Francia; Fontenelle, el casi centenario normando que filosofa con las marquesas mirando las estrellas; la monja secularizada Gabrielle Suchon, sublime autora, en 1700, de una obra titulada *Del celibato voluntario o La vida sin compromiso...*

## 6

*El archipiélago libertino barroco.* Los libertinos barrocos funcionan como las islas de un archipiélago: constituyen una entidad coherente, sin duda, pero cada uno con su especificidad. Claro que se puede dar una definición del libertinaje, pero siempre en detrimento de la precisión y de la particularidad. Se describe la configuración general, se captan de lejos los contornos, se elimina el detalle para conseguir una figura más comprensible. De esta suerte, la vitalidad desbordante del pensamiento y de pensadores

cuyo valor reside precisamente en su irreductibilidad, resulta necesariamente reducida a los límites de unas cuantas páginas.

En efecto, ¿que tienen en común Gassendi, sacerdote de piedad indestructible, y Cyrano de Bergerac, el filósofo dionisiaco? ¿Se puede incluir a Charron en este archipiélago, y en caso afirmativo, cómo lograr su coexistencia con el voluptuoso Saint-Évremond? ¿Y La Mothe Le Vayer, él mismo constituido por islotes que tan separados parecen? El plegamiento barroco modela los autores, las obras y los pensamientos, sin duda, pero también la constelación entera. Sin embargo, un hilo conductor atraviesa *De la sabiduría* y *El otro mundo*, *Vida y costumbres de Epicuro* y los *Diálogos a imitación de los antiguos* o la *Carta al mariscal de Créqui*.<sup>1</sup> trabajo dialéctico del pensamiento que hace posible la filosofía de la Ilustración.

Si, con la intención de definir los límites temporales del libertinaje barroco, nos arriesgamos a aproximaciones, nos toparemos con los problemas propios de la demarcación de un período artificial en la historia de las ideas: ¿cuáles son sus fechas de nacimiento y de defunción? ¿Según qué criterios? ¿Hay que buscar una obra de arte o un hecho político, una guerra o un libro, el nacimiento de un trágico o la muerte de un filósofo? Otra vez, el reino de la arbitrariedad...

¿Qué fecha de nacimiento? La aparición de los *Ensayos*, bien; pero ¿en qué edición? ¿La muerte de Montaigne (1592) —que coincide con el año de nacimiento de Gassendi—, el nacimiento de Descartes (1596), un lienzo de Caravaggio —¿cuál?—, el asesinato de Enrique IV (1610), la ejecución

1. Obras de Charron, Cyrano de Bergerac, Gassendi, La Mothe Le Vayer y Saint-Évremond, respectivamente. (*N. del T.*)

de Giordano Bruno (1600)? ¿Por qué no...? ¿Y como fecha tope? ¿La revocación del edicto de Nantes (1685), la publicación de las obras de Saint-Évremond (1705), el entierro de Luis XIV (1715), *Peregrinaje a la isla de Citerea* (1717), de Watteau, el fallecimiento de Fontenelle (1757)? Con estos datos a la vista, el período puede ser más largo o más corto según se escojan los más antiguos para el comienzo y los más recientes para la terminación. Así se puede ir de los ochenta y cinco a los ciento cincuenta y ocho años.

No sólo se trata de constatar la subjetividad, sino también de reivindicarla: al trabajar sobre este período, indefinido en un primer momento, se termina por encontrar una coherencia que permite optar por dos fechas que significan lo que se quiere hacer decir a este archipiélago de libertinos barrocos. Retengamos 1592 y 1677, esto es, los años de fallecimiento de dos filósofos. ¿Por qué? Porque la muerte física de un pensador marca la fecha de nacimiento del devenir de su pensamiento.

Por tanto: muerte de Montaigne y muerte de Spinoza. En otros términos: nacimiento del montaignismo y advenimiento del spinozismo. Para mí, el pensamiento libertino barroco es el comentario de los *Ensayos* de Montaigne en este Grand Siècle. Y a eso es a lo que pone fin la aparición póstuma de la *Ética*, pues esta obra notable cristaliza a su manera el libertinaje barroco en un pensamiento radicalmente alternativo. El famoso juego dialéctico de conservación y superación: los libertinos barrocos están allí, pero invisibles, porque han sido digeridos. Por tanto, son útiles, necesarios, indispensables.

Entre esas dos fechas, estos filósofos —pero en esa misma época existen también poetas, autores de canciones, escritores, novelistas, gente de teatro...— trabajan movidos por

un mismo propósito, aun cuando éste no sea forzosamente claro y distinto, pues sólo su continuación –el Siglo de las Luces– permite desvelar el misterio. ¿Su obra común? Construir una razón occidental capaz de servir de contrapeso a las afirmaciones de la fe, las enseñanzas religiosas que recurren a los argumentos de autoridad. El libertino, recordemos la etimología, quiere emanciparse: todos comparten ese mismo deseo. Pensar libremente para vivir libremente.

7

¿*Qué es un libertino barroco?* Aunque incompleta, parcial e incluso arbitraria, es inevitable una definición. Los libertinos barrocos proceden de parecidas condiciones históricas: en primer lugar, pertenecen a una *genealogía montaigneana*; en segundo lugar, proponen una epistemología singular que activa un *método de deconstrucción escéptica*; en tercer lugar, desarrollan una moral particular que promueve una *ética radicalmente inmanente*; en cuarto lugar, proponen consideraciones inéditas acerca de las cuestiones religiosas al establecer las bases de *creencias religiosas fideístas*. Por tanto, un mismo origen y tres revoluciones: método, ética y religión. Con esto es posible construir un esbozo de definición.

Así, primer tiempo: *el libertino barroco lee a Montaigne*; y lo lee con atención, con precisión. Se conoce la filiación de la biblioteca de Montaigne y de su pensamiento, al principio a través de Marie de Gournay, luego de François de La Mothe Le Vayer, personalmente unido por lazos de amistad a la «hija adoptiva» del filósofo. Marie hereda de Montaigne; La Mothe Le Vayer, de Marie de Gournay. Los

*Ensayos* constituyen el libro de cabecera de los barrocos de la misma manera que *De la sabiduría*, de Charron, quien también piensa con y a partir de ese libro sin par. La obra aborda una temática importante y es casi imposible encontrar una idea libertina que no exista implícita o explícitamente en el corpus del bordelés.

Además, *el libertino barroco piensa a la vista del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Para él, el año 1492 cumple la función de una referencia metafísica de primer orden. Se sabe que muchas obras de la biblioteca de Montaigne contenían relatos de viaje, relatos que tras la muerte de Marie de Gournay pasaron a formar parte de la biblioteca de La Mothe Le Vayer. El salvaje que la civilización ha dejado intacto, el hombre natural, el bárbaro que es siempre el otro, he aquí una importante serie temática; un Nuevo Mundo ontológico y metafísico ve la luz. Ya no es europeo, blanco y cristiano, sino planetario, de color y natural. La verdad única deja lugar a múltiples verdades. De ahí deriva el perspectivismo y el relativismo metodológicos.

Por otra parte, *el libertino barroco reflexiona recordando las guerras de religión*. La masacre de San Bartolomé constituye un traumatismo importante. La sangre derramada, las guerras, los desgarramientos sociales, las heridas comunitarias de la época del alcalde de Burdeos persisten: las conversiones de Enrique IV, las apuestas de política exterior, las guerras europeas, luego las dragonadas, el edicto de Nantes y su posterior revocación, muestran que esta cuestión no estaba zanjada. La preocupación por una paz civil anima a estos filósofos. De allí la creación de una extraña postura religiosa: el fideísmo.

Segundo tiempo: *el libertino barroco recurre a un método escéptico*. Un método, no más. Su evolución es pirroniana, su andadura convoca a Pirrón y a Sexto Empírico, pero

nadie llega a la suspensión del juicio o a la incapacidad para extraer una conclusión. La duda, por cierto, es metódica, como en Descartes, y no conclusiva. Incluso en La Mothe Le Vayer, probablemente el pirroniano más activo de la banda, las certezas abundan, ¡sobre todo las certezas libertinas! La duda agita la vieja verdad antigua, ataca y corroe la certeza moral, religiosa y política tradicional. Se duda, pero a título de tabla rasa útil y necesaria para la reconstrucción. La tabla rasa no es el edificio, sino sus cimientos.

De manera inducida, estos pensadores activan el instrumento de la duda para producir efectos. *El libertino barroco realiza disociaciones de ideas*. Esta deconstrucción supone todo un desmontaje, una descomposición en toda regla. Lo que parece una verdad definitiva se convierte en objeto de una preocupación conceptual: las estratificaciones intelectuales, las capas de sentido cristalizadas en una idea, un pensamiento, un concepto, una noción, son sometidas al análisis y al escalpelo libertino. La Verdad, la Ley, la Religión, la Moral y otros ídolos mayores, pero también los ídolos menores –las costumbres, los hábitos, las creencias–, todo sufre un proceso de decapado crítico.

Desde ese momento se observa que *el libertino barroco reivindica una libertad filosófica total*: es el emancipado tal como lo señala la etimología. Ejerce un derecho de inventario intelectual con respecto a las certezas de una época, de un mundo, de una civilización. ¿Su principio? No confiar en lo que se difunde habitualmente sin tomarse antes el trabajo de examinarlo cuidadosamente. Se verá a Descartes, como a tantos otros, compartir esa preocupación con los libertinos y tender a la certeza personal con ayuda de medios adecuadamente individualizados.

Así, *el libertino barroco crea una razón moderna*. En lo que respecta a la historia, como se sabe, la cuestión parece clara a partir del *Discurso del método* y los fracasos de Gassendi en su intento de preservar la religión católica de los usos corrosivos de la razón. Pero los pasos, los análisis y las conclusiones de Descartes mantienen íntima relación con el contexto libertino, que el pensador del Poitou conocía muy bien. Su legendaria prudencia lo induce a cuidarse de no dejar huellas que lo delaten, pero lo cierto es que, en ausencia de debate filosófico con la constelación de los famosos incrédulos, ni él ni Pascal habrían pensado como pensaron ni llegado a las conclusiones a las que llegaron. La razón se convierte en un instrumento con el mismo derecho que la duda. Los distintos autores le otorgan más o menos poder, le ponen límites o no. La razón circunspecta de Gassendi dista mucho de la razón profética de Cyrano o de la razón prudente de Charron, incluso de la razón atrevida de Saint-Évremond.

A pesar de las divergencias acerca del grado de confianza que conviene conceder a la razón, de los poderes que se le conceden o no, limitados o no, *el libertino barroco generaliza el modelo científico*. Muchos de estos filósofos hacen ciencia, y no sólo como aficionados: Gassendi descubre las leyes de la inercia, practica la anatomía y la disección, se dedica a la astronomía, lo mismo que La Mothe Le Vayer y Cyrano de Bergerac, o, más adelante, Fontenelle. De ahí la confianza que depositan en los resultados científicos, las observaciones y las deducciones a partir de la realidad. La verdad se deduce, se calcula, ya no proviene de un argumento de autoridad.

Tercer tiempo: *el libertino barroco reactiva las sabidurías antiguas*. En efecto, el Renacimiento había puesto de moda la antigüedad, pero principalmente bajo el signo

de Platón. La escolástica también había bebido en las fuentes precristianas, pero para poner a Aristóteles al servicio de su causa. El estoicismo, anegado en el dolorismo católico, también podía ejercer cierta influencia. Pero se pasaba por alto el relativismo escéptico de Pirrón y de Sexto Empírico, el antiplatonismo cínico de Antístenes y Diógenes, el hedonismo dinámico de Aristipo y los cirenaicos, el hombre medida de todas las cosas del sofista Protágoras y, finalmente y sobre todo, el materialismo atomista y voluptuoso de Epicuro y los suyos.

Esta actualización de un continente griego y romano olvidado da testimonio de una preocupación por la filosofía viva, encarnada en la vida cotidiana. *El libertino barroco propone una sabiduría existencial*. En las primeras páginas de su libro sobre Aristóteles, Gassendi contaba que había sufrido mucho en los pupitres de la universidad, donde permanentemente se destilaba escolástica. Él prefería el saber capaz de producir efectos en la existencia personal. ¿Lo teórico puro? Un buen alimento para la escuela y la Sorbona, pero la nueva apuesta se hallaba en el pragmatismo.

En este trabajo con la antigüedad todo puede ser útil, según las ocasiones: la duda de los escépticos, el naturalismo y el nominalismo cínico, el hedonismo cirenaico, el perspectivismo sofista, pero sobre todo la moral de Epicuro. Pues *el libertino barroco rehabilita la moral inmanente epicúrea*. Después de precisar en qué consiste la ataraxia y de poner en perspectiva el placer como la ausencia de trastornos físicos y psíquicos, apela a una moral reducida a una regla del juego que los hombres se dan para su uso personal. ¿La virtud? Un asunto que no concierne tanto al cielo, Dios y la vida después de la muerte como a la beatitud en la tierra, aquí y ahora. Punto final del reino de la trascendencia en el orden moral.

Esta inmanencia supone una preocupación por la Tierra, lo Real, Este Mundo. *El libertino barroco busca sus modelos en la Naturaleza*. El salvaje, ese hombre primitivo que los viajeros acaban de descubrir en América, proporciona un modelo de simplicidad. Lejos de los obstáculos de la civilización, lejos de lo que esconde lo bueno y lo sano en él, esta criatura que todavía se siente cómoda y en su lugar en la Naturaleza, debe servir como modelo. No está lejos la conversión cínica al salvajismo, ni el Montaigne de los brasileños en el puerto de Rouen...

Asimismo, *el libertino barroco practica una zoofilia filosófica*: como émulo de Diógenes de Sinope —que toma lecciones filosóficas de los ratones frugales, los arenques ahumados electivos, los peces masturbadores, las ranas ascéticas y el gallo antiplatónico—, convoca a la cresa, pero también a un notable número de animales, para extraer de ellos enseñanzas filosóficas. Para los libertinos, antepasados de los etólogos y nietos del Montaigne de la *Apología de Raimundo de Sabunde*, el animal desempeña un papel fundamental, pues permite ver lo que parece humano en él e incluso lo que sigue siendo animal en el hombre, antes de llegar a la conclusión de que la diferencia entre un simio y un hombre es menos de naturaleza que de grados. Lección que, unos siglos más tarde, recogerá Darwin.

En este mismo orden de ideas, *el libertino barroco trata el cuerpo como cómplice*, mientras que la civilización surgida de la cultura judeocristiana practica el odio paulino a los cuerpos, detesta los deseos y los placeres y desprecia la materia corporal. En primer lugar, ninguno maltrata su cuerpo; luego, casi todos tienen una preocupación filosófica por él: del vegetarianismo abstemio de Gassendi a los placeres báquicos de La Mothe Le Vayer o de Cyrano de Bergerac, el abanico es amplio. Pero, en todos los casos, se

trata de dar al cuerpo lo mejor, para hacer de él un compañero.

Pues sólo el cuerpo permite conocer. Un cuerpo sensual que huele, degusta, toca, mira, oye e informa a un cerebro que construye la realidad, fabrica imágenes y produce representaciones. De ello da testimonio el sensualismo empírico de Gassendi: sólo con ayuda de esta carne llegamos a conocer el mundo. De ahí el interés por no condenarla ni maltratarla. El cuerpo puede hacer cierto número de cosas, pero no todo. Se equivoca, es impreciso, no cabe duda; pero, sin él, nada es posible. El ideal ascético no presenta ninguna justificación: ¿con qué fin? ¿Para complacer a Dios? ¿Qué idea...! De ahí se desprenden una ontología materialista y una ética hedonista.

*El libertino barroco desarrolla una ética más allá del Bien y del Mal.* No es inmoral ni amoral, sino utilitarista. En vano se buscaría en ella los conceptos de Bien y Mal; difícilmente se encontrarían reflexiones sobre estas nociones. En cambio, hay invitaciones a tender a lo *bueno* y evitar lo *malo*, definidos en relación con un objetivo: el logro de la ataraxia individual o la tranquilidad colectiva. Es bueno lo que permite llevar a buen término este proyecto. Su moral no es prescriptiva, sino consecuencialista. Este más allá del Bien y del Mal en beneficio de lo Bueno y lo Malo se volverá a encontrar en la *Ética* de Spinoza... y más tarde en los *utilitaristas franceses* (véase *Contrahistoria de la filosofía*, tomo IV).

Por otra parte, *el libertino practica la comunidad filosófica risueña y discreta.* Lejos de lo que el exterior exige y necesita (la conformidad al principio ético y político del país en el que se vive), el libertino barroco crea microsociedades electivas, útiles a las experimentaciones y la práctica de nuevas posibilidades de existencia construidas sobre el prin-

cipio de la amistad epicúrea. El exterior quiere la sumisión a los valores gregarios, el interior deja espacio al fuero interno libertino. Las reuniones en la casa filosófica de Charron, la Tétrade, la Academia Puteana, los salones parisinos, el palacete de Luillier, los paseos en la Provenza de Gassendi, se inspiran, en pleno Grand Siècle, en el Jardín de Epicuro.

Cuarto tiempo: *el libertino barroco se adhiere al fideísmo*. Ningún libertino barroco es ateo. A menudo la crítica universitaria ha supuesto lo contrario, pero para ello era preciso desdeñar lo escrito, so pretexto de que la afirmación sólo era una concesión hipócrita a la censura, pero en realidad era una disimulada confesión de ateísmo. A no ser que se haga caso omiso de la pluma de los filósofos, es imposible atribuir a ninguno de ellos la franca y clara negación de Dios. Algunos son teístas, como Gassendi, católico y epicúreo; otros son más bien deístas, o incluso panteístas, como Cyrano de Bergerac. La mayoría es abiertamente fideísta, como Charron, Saint-Évremond o La Mothe Le Vayer: se deja intacta la «religión de su rey y su nodriza» —para retomar la expresión de Descartes— y se prescinde de la crítica de la religión, aun cuando se diserte irónicamente sobre las fábulas, los misterios y los oráculos. Pero aún no ha llegado la hora del ateísmo. Es demasiado pronto.

Nadie se declara en guerra contra Dios. Lo dejan donde está, lo piensan epicúreo, despreocupado del destino de los hombres. Esta manera de dejar de lado el tema contribuye a la separación de estos dos dominios tan distintos: la Fe y la Razón, la Religión y la Filosofía. De un lado, la creencia; del otro lado, los usos de una razón bien conducida. Al actuar de esta manera —y muy pronto: en el caso de Charron, en 1601—, *los libertinos barrocos crean la laicidad*, el principio de separación de órdenes que auto-

riza el desarrollo de una sabiduría inmanente, desconectada de la religión católica, apostólica y romana. Algunos se mantienen próximos al cristianismo, con una fidelidad piadosa, como Gassendi, y otros se alejan de él con alegre insolencia, como Cyrano, pero todos contemporizan con Dios...

Por último, poco partidario de los trasmundos, de los destinos posteriores a la muerte, no demasiado dotado para el Paraíso o el Infierno, *el libertino barroco defiende un materialismo soteriológico*: si el mundo se reduce a una combinación de átomos en el vacío, si la materia parece la clave de toda realidad, ¿cómo enfocar lo que nos sucede después de la muerte si no es en el campo de la química de las moléculas? Inmortalidad de los átomos que las componen... ¿Supervivencia del alma? ¿Inmaterialidad del espíritu? Sutileza de los átomos que lo constituyen... La muerte se convierte menos en motivo de temor –la condena, por ejemplo, los tormentos eternos– que en final de una combinación molecular. De esta manera deja de ser un mal.

## 8

*Completar y consumir el libertinaje.* El pensamiento libertino no nace de la nada. Procede de Montaigne, como ya se ha dicho. Ni desaparece de golpe sin dejar huellas en la historia de las ideas, sin consecuencias para los tiempos posteriores. Por el contrario, es probable que el hecho de que su influencia sobre el siglo llamado de las Luces se mida por el ruido y la furia de la Historia haga olvidar demasiado el papel del libertinaje barroco en la genealogía de la Revolución Francesa. Una razón moderna pimpan-

te, un fideísmo vivido como progreso hacia el ateísmo, una libertad filosófica sin límites, una celebración de la inmanencia, una separación de pensamiento y religión, son todos ellos ingredientes que, reunidos, dan lugar al genio colérico de 1789...

En la medida en que, para evitar los desórdenes y la guerra civil, los libertinos barrocos dejan fuera de discusión la religión católica, apostólica y romana, en la medida en que respetan a Dios y los principios de la monarquía francesa, en esa medida limitan sus potencialidades radicales y críticas. Antes era menester domesticar algunas ideas: la posibilidad de vivir sin Dios, de pensar sin religión, de organizar una comunidad política sin rey. Bajo un Luis XIV, que gobierna con mano de hierro junto con la Iglesia católica que conocemos, no ha llegado todavía la hora de un mundo sin Dios y sin Señor. Demasiada impregnación cristiana de los espíritus, incluso de los incrédulos...

Para tirar por la borda al Dios de los católicos –Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, del universo visible y del invisible... Dios azote de pecadores, Dios que abre las puertas del Paraíso o del Infierno... Dios omnipotente, omnipresente, omnisciente...– y al rey, encarnación de Dios en la tierra, hacía falta un filósofo que no fuera francés, que no estuviera formateado por el pensamiento cristiano. Un pensador que hubiese quedado fuera del molde de la episteme apostólica y romana.

Este filósofo existe: escribe mientras ciertos libertinos barrocos están de fiesta; conoce a uno de ellos en la persona de Saint-Évremond; lee atentamente a Descartes, escribe un texto sobre él, su primer libro, que publica en 1663; a partir de 1670 escribe contra la monarquía, a favor de la democracia y la república; no tiene la mente obnubilada por las historias infantiles a las que se entregan los católi-

cos, pues es judío; no es tampoco culpable de entregarse a las fábulas de su comunidad de origen, pues ésta lo ha rechazado violentamente; pule gafas tranquilamente en los Países Bajos para satisfacer sus necesidades y no mendigar pensión real alguna; en consecuencia, es absolutamente libre; escribe un libro sin par en el que pone término al Dios separado del mundo, al Dios creador y la naturaleza creada, un libro capital con el que finalmente se puede dejar de contemplar la moral a través del prisma paulino.

Este hombre lleva por nombre Baruch Spinoza. Su obra culmina, completa, consume, conserva y supera el libertinaje barroco francés (entre otros rasgos de genio de este pensador fundamental). Su fuerza de choque y su potencia conceptual desplazan y dejan en segundo plano a los libertinos barrocos. Pero el trabajo de éstos hizo posible un pensamiento como el de la *Ética*. No necesariamente de manera directa, pues Spinoza no lee francés y los libertinos no han sido traducidos a lenguas que él entienda, pero las conversaciones y los intercambios epistolares con buen número de correspondientes lo mantuvieron informado de los detalles de los debates libertinos: con y alrededor de Descartes, por ejemplo. Tal vez incluso, aunque cueste creerlo, con Vossius y Saint-Évremond. De lo que no hay duda es de que con Spinoza se acaba un tiempo filosófico a la vez que se prepara la inmensa aventura de la Ilustración. Este tercer volumen de la *Contrahistoria de la filosofía* propone la historia de la genealogía del pensamiento crítico del Siglo de las Luces.